

Por la pena del amor

En recuerdo de nuestro compañero Carlos Diego

*Paz profunda, una delicada paloma blanca para ti
paz profunda, una lluvia serena para ti
paz profunda, una ola que crece para ti*

*Paz profunda, viento rojo de oriente para ti
paz profunda, viento gris de occidente para ti
paz profunda, viento oscuro del norte para ti
paz profunda, viento azul del sur para ti*

*Paz profunda, rojo puro de la llama para ti
paz profunda, blanco puro de la luna para ti
paz profunda, verde puro de la hierba para ti
paz profundo, marrón puro de la Tierra para ti*

*Paz profunda, gris puro de la amarra para ti
paz profunda, azul puro del cielo para ti
paz profunda del rebaño de estrellas para ti*

Paz profunda, paz profunda para ti

—Fiona Mcleod

¡Ya no creo en nada, sólo en el amor, sólo en el amor!

—Carlos Diego

I

La muerte de un ser querido supone no sólo una conmoción emocional, sino también un desafío a nuestras convicciones más profundas. Inmersos en nuestros sentimientos, nos asomamos a las ideas y certidumbres con que abordamos la vida, en busca de consuelo.

Para el sufí, la muerte tiene el sabor inconfundible del regreso a casa. Tras un viaje de pura alegría por la existencia y de servicio a los demás, llega el momento de reunirse con el foco del amor que nos guió en el viaje. Así se entienden numerosas expresiones de maestros sufíes que aluden a su deseo de apurar ese final, toda vez que

sienten que su papel aquí ya está cumplido.

Claro que esto parece más sencillo de aceptar para la muerte propia que para la ajena. El vacío, como bien sabemos, es la carga del superviviente. Algo parecido ocurre cuando contemplamos el sufrimiento de alguien amado. Asistir a su dolor, sobrellevar su desaparición, son, sin duda, las más duras pruebas morales a las que ha de enfrentarse nuestra fe en la vida.

Saliendo del *jānaqāb*, hablábamos sobre cómo estaba de salud. Una pausa y: «Uno tiene que ser consecuente con lo que ha elegido creer». Y, tras una pausa y como para sí mis-



mo: «Lo único que lamento es que alguna gente que me quiere lo pasará mal». Y un gesto como diciendo: qué le vamos a hacer, qué puedo hacer yo para evitárselo.

El mes de julio de 2008, tras una larga y penosa enfermedad, fallecía nuestro compañero Carlos Diego. Había sido el *pir-e dalil*¹ del *jānaqāb* de Madrid desde 2003; poco después, empezaron sus problemas de salud, que empeoró progresivamente. No

perpetuación del buen nombre son objetivos habituales que, lógicamente, no tienen mucho sentido aquí. Pero hay alternativas.

Para qué escribo: para aliviarme, no como el homenaje que te debo.

Además de un gesto natural de cariño, el recuerdo y el homenaje es una forma de entrar en el vacío que nos angustia y, desde ese mismo amor, contemplarlo de otra manera. Entonces, entendiéndolo, responder a

ción, buen humor, cercanía a la gente.

En los siete años que compartí mi tiempo con Carlos en el *jānaqāb* de Madrid, lo que más me llamó la atención de él fue lo poco que llamaba la atención. A pesar de su intenso trabajo en todas las áreas importantes del *jānaqāb*, como el área editorial, la construcción de nuevos centros, los envíos de medicinas, o en el desempeño de las obras sociales de la Orden, no había casi nada que llamase



por ello, sin embargo, cejó en su servicio al *jānaqāb*, al que se dedicó en cuerpo y alma desde su jubilación. Su devoción en el cuidado del centro, en la atención a los *darwish* y en las labores de publicación y traducción fue un regalo inolvidable para nosotros durante todo este tiempo.

A través de estas líneas, los *darwish* del *jānaqāb* de Madrid intentamos, cada uno con sus propias palabras, trazar un recuerdo compartido de nuestro querido compañero. Recordar a los que marcharon es una tarea que puede entenderse desde distintas perspectivas. La honra, los logros, la

las preguntas del dolor: por qué nos sentimos tan solos; por qué te echamos tanto de menos.

II

Muchos testimonios, como no podía ser de otra manera, giran en torno a la misma imagen, incluso con las mismas palabras, inevitablemente:

Cuando intento recordar a Carlos se me vienen a la memoria dos palabras: caballerosidad y conformidad.

Carlos. Qué decir..., veo en su cara bondad, humildad, cuidado, aten-

la atención en él, exceptuando la calidad, y buena oportunidad, de los chistes que solía contar. No contaba cotilleos de nadie, no hablaba sobre sí mismo.

Todos los que conocimos a Carlos sabemos que fue una persona tremendamente discreta y modesta, pues nunca hizo ningún alarde o ninguna clase de ostentación por el trabajo diario que desempeñaba en el *jānaqāb*.

Quizá la principal virtud que debe adornar a un *pir-e dalil*, la más

importante de muchas, sea el respeto absoluto por todos y cada uno de los *darwish*, independientemente de sus estados y circunstancias. Como encargado del *jánaqáb* y primer interlocutor de sus moradores, el *pir-e dalil* está a la cabeza del servicio; y la capacidad de servir nace del respeto más profundo hacia aquellos a los que servimos. En Carlos, esa humilde caballerosidad alcanzaba una calidad excepcional.

Una tarde de verano, casi vacío el *jánaqáb*, después de la reunión, me senté junto a Carlos, ansioso por charlar. Yo andaba con la cabeza caliente por algunas lecturas muy sentidas y mucha (demasiada) reflexión. Carlos, cortés como siempre, me escuchaba atento. Llevado por el entusiasmo, no se me ocurrió otra que proclamar: «Sólo ahora, después de doce años iniciado, entiendo realmente qué es el *ẓeker* [continuo recuerdo de Dios]». Ya antes de acabar la frase era consciente de la tontería que acababa de cometer. No sólo por mi obvia ignorancia en semejantes terrenos, sino por hacerlo ante Carlos, cuyo pudor a la hora de hablar personalmente de estados y experiencias interiores era proverbial.

Entonces, Carlos, abriendo bien los ojos, dijo algo así como que envidiaba mi suerte, porque lo que era él no tenía ni la más remota idea de los secretos del *ẓeker*. Me quedé mudo. Comprendí que lo había dicho con absoluta sinceridad. Que aquel hombre, millas por delante de mí en el camino espiritual, tuviera la bondad de tomarme en serio, fue algo que me llenó de asombro. Toda una calidad de corazón quedaba allí revelada. Al mismo tiempo, incluso sin quererlo, conseguía con aquella respuesta mucho más por demostrarme mi torpeza que con alguna frase irónica o burlona, que era sin duda lo que me merecía.

Saber reaccionar con cariño y comprensión a las ocurrencias de los compañeros, por bizarras que sean, es una tarea mucho más ardua de lo que pueda parecer; no son sobre todo almas sosegadas las que acuden a un *jánaqáb*... Lo que convertía

a Carlos en un servidor excepcional era que esa atención no surgía a través de un esfuerzo de contención, sino de la manera más natural. Era una gracia de su carácter, que atraía irremediablemente la devoción de los que merecíamos su atención. De ahí, entonces, el vacío por su pérdida; la sensación de pérdida que nos dejó:

Los reyes de la taberna llevan la bondad de un padre en la mirada. Así era él.

Siempre que llegaba al *jánaqáb* y me saludabas se me estremecía el corazón [...] llenabas de gozo mi existencia, haciéndome sentir que entraba en el recinto del amor [...]. Y ante todo gracias por lo que me has hecho aprender con sólo mirarte [...] por esos ojos entrañables que delataban a un hombre enamorado del amor [...]. Adiós, hombre hermoso. Siempre te llevaré en mi corazón.

Mi gran recuerdo de Carlos, por encima de todos, es el de volver al *jánaqáb* después de largos meses de ausencia obligada, y el encontrármelo allí, en la cocina, preparando el té y recibiéndonos, y sus miradas al verme. La primera mirada, fugaz, era la de natural sorpresa. Entonces venía esa otra mirada, larga y profunda, que era la del amor. La de su alegría por verme, de nuevo allí, en nuestra casa. Había tanto calor, tal aceptación en aquella mirada, que siempre se me llenaban los ojos de lágrimas. Eran momentos de inmensa felicidad y de reafirmación. No habían vuelto a mirarme así desde algún momento indeterminado y muy querido de la infancia. Allí se juntaban, al mismo tiempo, el entusiasmo del amigo con el cariño, profundo e incondicional, de un padre.

A esa bondad innata, tan humilde y discreta, Carlos añadía un sentido del humor especialmente afortunado. Era un contraste singular el que se establecía entre el gusto con que contaba chistes y ocurrencias, riéndose como un niño, y el aire venerable que le conferían su barba canosa y aquel vozarrón con el que nos embargaba cuando recitaba poesías. Un rasgo, el del sentido del humor, que

viene a ser otra constante distintiva en aquellos que hacen de guía de los demás en un *jánaqáb*.

Había algo en el gusto por las bromas de Carlos que me recordaba poderosamente al Maestro Nurbakhsh. Como si en verdad no fuera posible hacer este camino de celebración de la existencia sin reír y hacer reír a los demás. Siempre imaginaba un encuentro entre los dos que acabaría, inevitablemente, entre muchas risas. Sólo sus respectivas enfermedades pudieron impedirlo. A veces pienso que si ambos murieron con pocos meses de diferencia fue para que ahora se estén riendo juntos bien a gusto, de alguna manera, en alguna parte.

Claro que en la labor de un *pir-e dalil*, como en la de un maestro, tiene que haber lugar para otras formas de instrucción. Su papel es también el del rigor. Como suele decirse, «El *sheij* llama [es cariñoso con los sufíes] y el *pir-e dalil* rechaza [es riguroso con los viajeros]».

También quiero agradecerte aquel día que, por una palabra que dije, me echaste una regañina tremenda que yo no entendía. Pensé que estabas nervioso y que no me interpretaste bien. Pero con el paso del tiempo me di cuenta del gran regalo que me hiciste [...] En muchas facetas de la vida me acuerdo de aquello, y cuántas veces me ha ayudado.

Quizá la única vez que le noté realmente tenso con nosotros fue en la inauguración del *jánaqáb* de Córdoba, a la que acudimos una buena tropa de los *darwish* de Madrid con ganas de celebración. Carlos sabía lo importante que era que los *darwish* más veteranos, con nuestro comportamiento, diéramos ejemplo y transmitiéramos el espíritu de un *jánaqáb* a los compañeros del nuevo centro. Digamos que no siempre se lo pusimos fácil. Lo animado de la circunstancia, cierto jolgorio y un ánimo propicio para la alegría, quizá típicamente español, podía chocar con las normas de etiqueta y comportamiento en el centro (*adab*) que debíamos transmitir. Carlos, el primero para las bromas, era tremendamente respetuoso con los pro-

tocolos. Aquel par de días tuvo de verdad que contenerse, y esforzarse por llamarnos la atención sin perder su habitual respeto... No le gustaba nada hacer de padre severo, pero lo asumía como parte de sus obligaciones.

Reacio a todo protagonismo, no era dado a grandes explicaciones, y resultaba extremadamente delicado a la hora de dar órdenes o, simplemente, de instruirnos. Químico de profesión, apasionado micólogo, hijo del poeta Gerardo Diego, Carlos era un hombre de una erudición tan amplia en tantos y tan distintos terrenos como discretamente disimulada.

Recuerdo otro momento en el que, no sé a cuento de qué salió el tema, me estuvo dando una detallada explicación del complejo sistema vital de las orquídeas. No estaba presumiendo de conocimientos, más bien sentí como que me estaba señalando la maravilla de la creación, como intentando transmitirme un sentimiento de adoración por la Belleza de la que derivaba.

Me cautivaba su... todo, su inabarcable cultura, sus conocimientos de cualquier cosa... No, no me cautivaba eso, admiraba eso. Lo que me cautivaba era su calidad humana.

Inevitablemente, Carlos ejerció su servicio de la única manera que es posible en esta Senda: muy pocas palabras, mucho trabajo, firme devoción, y un amor inacabable. En definitiva, convirtiéndose en el espejo donde todos nos mirábamos.

Quizás no puedo hablar de él sin hablar de mí. No sé cómo decir: yo le quería, le admiraba, le respetaba y le envidiaba, por todo lo que él era y por todo lo que yo era [...]. Un honor, el placer de tu compañía, de esas conversaciones aparentemente intrascendentes, las bromas, los chistes que me enviabas, de cómo casi sin darme cuenta ibas cambiando mis actitudes, mis tics, mis tontorías, sólo con tu reflejo [...]. Eras tan humilde, tan discreto, tan dulce... tu ayuda era tan eficaz que no se notaba, me corregías sin corregirme, me ayudabas sin ayudarme, me hacías cambiar sin cambiarme.

Cómo te extraño. Pensar que nunca más voy a disfrutar de ti, que no voy a tener el alivio de echarte una mano en esto o aquello. Que voy a tener que ocupar tu sitio en algunas cosas que tú sí que hacías bien. Qué vergüenza.

Carlos es mucho Carlos, nos decíamos algunos.

En ese dar ejemplo, como es obvio, destaca la forma en que vivió la aceptación de su enfermedad:

Y esa apertura a Dios se me manifestó claramente en su conformidad con la divina voluntad. Yo ya lo conocí enfermo, y durante los años que duró su enfermedad jamás le oí ni una sola queja; siempre se mostró conforme con lo que Dios dispusiera: enfermedad, salud, vida o muerte.

Cuando le preguntabas cómo se encontraba, solía responder con la misma broma: «menos de salud, todo perfecto». Luego, cuando se confirmó la necesidad de trasplantarle los pulmones, decía que, ya puestos, iba a pedir que le cambiaran toda la casquería; que le pusieran una asadurilla completa...

Pero nada más lejos de su intención que asumir una pose heroica. Todos conocíamos bien el sufrimiento que le causó la pérdida de salud, con la inmovilidad que llevaba aparejada, precisamente en un instante de su vida lleno de planes y recompensas. Se limitaba a seguir el camino, como recordábamos arriba: «uno tiene que ser consecuente con lo que ha elegido creer». Y a cumplir con su papel de servidor.

Un día, un grupo de *darwish* estábamos trabajando relativamente duro montando unas estanterías bastante pesadas. Carlos estaba allí con nosotros. Debido al importante deterioro físico que le ocasionaba su enfermedad, ya bastante avanzada, su trabajo en aquel momento consistía en darnos indicaciones útiles acerca de cómo proceder con el montaje y subsiguiente traslado de libros de las estanterías antiguas a las nuevas. Él estaba allí de pie entre nosotros y me pareció que tenía mala

cara. Pensé que algo le podía estar pasando, tal vez relacionado con su enfermedad. Tuve incluso algunos malos pensamientos relacionados con lo cómodo que era pedir a los demás que trabajasen. Yo estaba con mis elucubraciones cuando me miró y me dijo: «No sabes lo mal que me siento por no poder estar montando las estanterías con vosotros». Menuda lección. Esa fue la única queja que le oí.

Privado de fuerzas, al final de su vida, y pendiente ya sólo de un trasplante aventurado que al final no funcionó, Carlos Diego, nuestro *pir-e dalil*, encontró sin embargo un aliento nuevo en la más perfecta confirmación de su creencia. La llama que siempre le alimentó, aquel amor en pos del cual caminaba, al fin le dominaba por completo.

Todos los que conocimos a Carlos sabemos que fue una persona tremendamente discreta y modesta, pues nunca hizo ningún alarde o ninguna clase de ostentación por el trabajo diario que desempeñaba en el *jánaqāh*. No obstante, los *darwish* sabíamos que había hecho un gran esfuerzo para aprender la lengua persa y así poder ayudar en la labor de traducción y corrección de textos que se lleva a cabo dentro de la Orden.

En cierta ocasión que llegué un poco antes al *jánaqāh*, decidí entrar en la sala de meditación y esperar allí hasta que acudiera el resto de los *darwish*. Cuando entré en la estancia, ésta se encontraba completamente vacía, a excepción de Carlos, quien permanecía de pie mirando los cuadros con hermosas caligrafías persas que cuelgan de las paredes del *jánaqāh* y que reproducen algunos versos o citas de los grandes maestros sufíes de todos los tiempos. Como lo vi tan absorto, decidí no decirle nada y sentarme en un rincón de la sala, esperando que transcurriera el tiempo hasta la hora de la meditación. Pasados unos minutos, comprobé con sorpresa que Carlos continuaba de pie, inmóvil, en el mismo lugar donde lo encontré a mi llegada. Comencé a inquietarme un poco y decidí acercarme a él para comprobar si le sucedía algo. No podía ver su rostro ya que estaba cara a la pared

contemplando las caligrafías, así que puse mi mano en su hombro para que advirtiera mi presencia, lo saludé y le dije para romper el hielo: «¿Por qué no me traduces alguno de los poemas que aparecen escritos en esos cuadros?» Transcurridos unos pocos segundos sin recibir respuesta, volvió al momento su rostro hacia mí, y mostrando una ligera sonrisa de inmensa alegría, con los ojos humedecidos por las lágrimas, me dijo suavemente: «Tengo una pena de amor que ni me aguanto». Aquel rostro y aquella respuesta me dejaron tan aturdido que tan solo acerté a balbucear un tímido «*Ya Haqq*» y regresé de nuevo a mi asiento.

Nunca he sabido realmente si Carlos se había limitado a traducir alguno de los poemas, me había transmitido el estado espiritual en que se encontraba en ese momento o, probablemente, se trataba de ambas cosas a la vez. El caso es que, al poco rato de sentarme, acudió junto a mí como si no hubiera ocurrido nada, y comenzó a hablarme de un modo desenfadado sobre los últimos libros en cuya traducción estaba trabajando y sobre otros asuntos sin importancia... no obstante, aquel rostro y aquella respuesta quedarán grabados en mi memoria durante el resto de mi vida.

La falena se fundía con la llama.

III

Pero no todo es pérdida. No todo es homenaje, ni recuento emocional que explica o justifica el por qué de nuestra pérdida. Hay algo más. Está lo que queda.

Y lloro, aunque siento que te has ido pero no te has ido, que te han llevado pero no te han llevado porque me queda tu presencia dentro.

Como advierte siempre el *pir-e dalil* a quienes buscan iniciarse, entrar en el *jānaqāb* es una gran responsabilidad. Lo que uno trae consigo al cruzar este umbral afecta no sólo al momento presente de los allí reunidos. Es como una provisión del viaje, que de una manera u otra termina alimentando a todos. Por eso es tan

Puesta de sol y lucero vespertino
¡y una clara llamada para mí!
que no haya lamentos por la barrera
cuando yo me haga a la mar.

Dormida en su movimiento parece esa marea,
demasiado llena para el fragor y la espuma,
cuando lo que sacó del abismo sin límites
vuelve de nuevo al hogar.

Crepúsculo y campana de la tarde
¡y después, la oscuridad!
Que no haya tristeza en la despedida
cuando yo me embarque;

Pues aunque desde nuestro tiempo y nuestro espacio
la pleamar pueda llevarme lejos,
espero ver a mi Piloto cara a cara
cuando haya cruzado la barrera.

—Lord Alfred Tennyson

importante dejar fuera, junto a los zapatos que el camino llenó de polvo, aquello que no sea un alimento apropiado para nuestra taberna.

De igual manera, las virtudes que la gracia del Amigo alentó en uno son el manjar para los otros. Degustándolo, el círculo de los compañeros crece y prospera. Es como el agua que riega la rosaleda.

Lo que Carlos trajo a nuestro *jānaqāb* llegó para quedarse entre nosotros. Todo aquello que hemos ido recordando aquí es no sólo lo que crecía en él, sino también lo que dejó respirando. Con el recuerdo, nos hacemos más conscientes de aquello que nos rodea. Saboreamos, una vez más, el respeto absoluto, el calor del servicio, la celebración risueña de la compañía, las miradas de amor incondicional.

Y así es cómo la pena de amor da sus frutos más granados.



Nota:

1.- El *pir-e dalil* es el asistente y consultor del *sheij*.



¡Gozosa pena!

¡Gozosa pena, cuya cura eres Tú!

¡Gozosa senda, cuyo fin eres Tú!

¡Gozosos los ojos que contemplan tu rostro!

¡Gozoso el reino, cuyo Rey eres Tú!

¡Gozoso el corazón, cuyo Dueño eres Tú!

¡Gozosa el alma, cuya Alma eres Tú!

Gozo, paz y ventura tiene aquel
sólo a quien Tú se lo deseas.

¡Qué felicidad siente el corazón del esperanzado
cuya esperanza, en su alma y corazón, eres Tú!

Todo es deleite y alegría, ¡oh Amigo!,
en esa casa cuyo único huésped eres Tú.

La flor, la rosaleda, sólo agradan a aquel
cuya flor y rosaleda eres Tú.

De quien Tú eres guardián y cuidador,
¿qué temor puede sentir?

No preguntes de fe o infidelidad a ese corazón
si toda su fe y toda su infidelidad eres Tú.

No te ocultes a aquel enamorado
para el que todo lo visible y lo oculto eres Tú.

El pobre corazón abandona su alma,
y que así su alma verdadera seas Tú.

'Erāqi está buscando sin descanso la pena del amor,
con la esperanza de que su cura seas Tú.

—*Divān de 'Erāqi*
—Traducido por Luis Carrero